

Violencias y precarización

Experiencias en torno
a relatos biográficos juveniles

....

Coordinadores

SALVADOR SALAZAR GUTIÉRREZ

RAFAEL ANTONIO CARRERAS



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA



Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Luis Gustavo Padilla Montes
**Rectoría del Centro Universitario de
Ciencias Económico Administrativas**

Missael Robles Robles
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición, 2020

Coordinadores
Salvador Salazar Gutiérrez
Rafael Antonio Carreras

Prólogos
Martha Mónica Curiel García
Salvador Salazar Gutiérrez

Textos
© Salvador Salazar Gutiérrez, Hugo Martínez Ochoa, Nahir Florencia Abraham Sepúlveda, Rafael Antonio Carreras, Santiago Rebollo, Sol Victoria del Carpio, Sofía Lamanuzzi, Paula Daniela González, Guillermina Pruneda Paz, María Candelaria Espinosa, Gabriela Bard Wigdor, Ana Sofía Soria, Caren Eliana Curetti, María Victoria Ochoa Valor, Antonella Scoles, Julio Luis Muro Garlot, María Victoria Volando, María Belén Ardiles, Horacio Luis Paulín, Guido García Bastán, Florencia D'Aloisio, Valentina Arce Castillo, María Florencia Caparelli, Sofía Natalia Sicot, Ayelén Rocío Zurbriggen, Julieta Natalia Castro, Julieta Arancio, Lucía Angélica Arias, Claudio Orlando Duarte Quapper, Francisco Antonio Fariás Mansilla, Natalia Evelyn Hernández Mary

Coordinación editorial
Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño
Paola Vázquez Murillo

Cuidado de la edición
Jorge Orendáin

Diseño y diagramación
Maritzel Aguayo Robles

Violencias y precarización: experiencias en torno a relatos biográficos juveniles / Coordinadores Salvador Salazar Gutiérrez, Rafael Antonio Carreras; prologuistas Martha Mónica Curiel García, Salvador Salazar Gutiérrez; Textos Hugo Martínez Ochoa... [et al]. -- 1a ed. -- Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara: Editorial Universidad de Guadalajara, 2020. 180 páginas; 23cm. -- (Colección Monografías de la Academia) Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-607-547-892-0

1. Juventud y violencia 2. Juventud-Condicionales sociales I. Salazar Gutiérrez, Salvador, coordinador II. Carreras, Rafael, coordinador III. Curiel García, Mónica, prólogo IV. Martínez Ochoa, Hugo, textos IV. Serie

303.608 35 .V79 DD21
HQ 799.2 .V79 LC
YXQ Thema

La presente obra se publicó con recursos del fondo Ciencia Básica SEP-CONACYT (CB-2016-01) como parte del proyecto de investigación "Del régimen estético de la exclusión-negación, a las trayectorias sensibles de la memoria: experiencia biográfica juvenil en el mercado sexual en Ciudad Juárez, México".

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 978-607-547-892-0

Noviembre de 2020

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Índice

- 7 **Prólogo. El relato biográfico juvenil. Aportes desde una perspectiva microsubjetiva a experiencias de violencia(s) y precariedad(es)**
MARTHA MÓNICA CURIEL GARCÍA, SALVADOR SALAZAR GUTIÉRREZ
-
- 23 **Vidas precarias, vidas carenciadas. Relatos biográficos juveniles vinculados al mercado sexual en Ciudad Juárez, México**
SALVADOR SALAZAR GUTIÉRREZ
-
- 40 **Acoso sexual a mujeres jóvenes policías en Ciudad Juárez: la reproducción de la violencia sexual desde diferentes cuerpos masculinos**
HUGO MARTÍNEZ OCHOA
-
- 83 **Narrativas espiraladas: enfoque y efectos en torno a la experiencia juvenil**
NAHIR ABRAHAM, RAFAEL CARRERAS, SANTIAGO REBOLLO, SOL DEL CARPIO, SOFÍA LAMANUZZI, PAULA GONZÁLEZ, GUILLERMINA PRUNEDA PAZ, CANDELARIA ESPINOZA
-
- 100 **Cuerpos desechables: sobrevivir en el mundo contemporáneo**
GABRIELA BARD WIGDOR, SOFÍA SORIA
-
- 117 **Juventudes y necropoder. Géneros según marcas raciales**
RAFAEL CARRERAS, SANTIAGO REBOLLO, NAHIR ABRAHAM, CAREN CURETTI, MARÍA VICTORIA OCHOA VALOR, ANTONELLA SCOLES, JULIO MURO, VICTORIA VOLANDO, BELÉN ARDILES
-

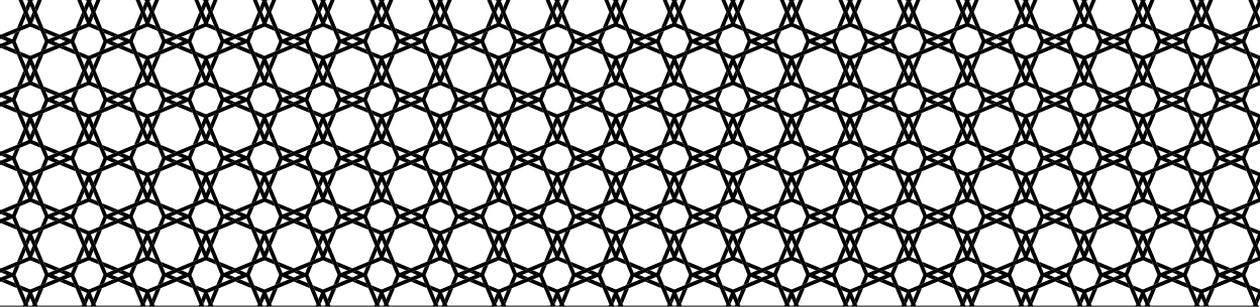
**131 Experiencias juveniles y relato biográfico: vivencias
entre el reconocimiento social y la vulneración de derechos**

RAFAEL CARRERAS, HORACIO LUIS PAULÍN, GUIDO GARCÍA BASTÁN, FLORENCIA
D'ALOISIO, VALENTINA ARCE CASTELLO, MARÍA FLORENCIA CAPARELLI, SOFÍA SICOT,
AYELÉN ZURBRIGGEN, JULIETA CASTRO, JULIETA ARANCIO, LUCÍA ANGÉLICA ARIAS

**149 Precarización y violencias sociales en jóvenes.
Una mirada a la educación y la acción política
en el Chile neoliberal**

KLAUDIO DUARTE QUAPPER, FRANCISCO FARÍAS MANSILLA, NATALIA HERNÁNDEZ MARY

172 Autores



Cuerpos desechables: sobrevivir en el mundo contemporáneo

GABRIELA BARD WIGDOR, SOFÍA SORIA

Introducción

Pinta tu aldea y pintarás el mundo.

León Tolstói

Los primeros días del año 2020 ofrecieron imágenes de situaciones que, a pesar de no ser novedosas en la escena argentina contemporánea, provocaron declaraciones e intervenciones políticas inmediatas y ocuparon un lugar destacado en los medios de comunicación tradicionales, las redes sociales y el debate público.

Entre las noticias, la primera que se hizo viral en las redes sociales fue la muerte por hambre de un niño wichi de una comunidad situada en la provincia de Salta, le siguieron otras sobre la situación de desnutrición y extrema vulnerabilidad social de muchas comunidades del Chaco Salteño. En los medios, los ejes del debate rondaron en torno a la “desnutrición”, la “malnutrición”, la “deshidratación”, el “hambre” y la “emergencia alimentaria”. Desde luego, estas situaciones no son aisladas ni coyunturales, constituyen tan solo el recorte más doloroso de problemas de escala global y que afectan a

muchos otros sectores de la población históricamente empobrecidos y subalternizados.

En efecto, esas imágenes nos ofrecieron un panorama de situaciones sociales límites —el hambre, la desnutrición o malnutrición, la deshidratación—, cuyo nudo problemático que pretendemos abordar en este escrito son las condiciones histórico-estructurales que los configuran, que hacen posible que determinados grupos y sujetos se encuentren en total desprotección del Estado, sin ningún tipo de certeza o recurso respecto de su sobrevivencia material y simbólica. El problema radica, a nuestro entender, en aquello que Aguirre (2004) llama “crisis de civilización”, donde confluyen cuestiones de sustentabilidad en la producción de alimentos por parte los países periféricos en el orden capitalista global, de concentración de tierras cultivables en pocas manos y de desigual acceso a alimentos por parte de sectores excluidos, tanto como de desplazamientos forzados de poblaciones enteras por la ampliación de la frontera agropecuaria, de desigual acceso a sistemas productivos culturalmente o espacialmente significativos, entre otras.

Por eso, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, 2018) y la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2018) concuerdan en que la desnutrición y el hambre no están vinculadas a la mera disponibilidad o no de alimentos, sino que es una cuestión de injusticia relacionada con la producción, el consumo y/o con la posibilidad de sostener o potenciar sistemas productivos alternativos. En el contexto argentino este diagnóstico se vuelve particularmente palpable si tenemos en cuenta que no se trata de la capacidad productiva de alimentos para que desaparezca el “problema del hambre”, sino de acceso a una compleja red de posibilidades de sostenimiento de la vida, donde la nutrición es un aspecto clave, pero no el único.¹ De allí que este hecho suponga enfrentar no solo un problema sanitario en tanto “el hambre sigue siendo la mayor amenaza [porque] mata todos los

¹ Argentina es el quinto productor de maíz y el tercero de soja en el mundo; es un país con gran potencialidad productiva, sin embargo, cuenta con grandes sectores de la población hambreados. Asimismo, es un país en el que se dan los tipos de pobreza alimenticia: delgadez extrema por desnutrición y obesidad por malnutrición (FAO, 2018).

días más personas que el sida, la malaria y la tuberculosis juntas” (Caparrós, 2018: 115), sino también considerar que esas posibilidades de acceso están atravesadas por distintas configuraciones de desigualdad: la mayoría de las personas afectadas son mujeres jóvenes y/o embarazadas, ancianos/as, niños/as, personas en situación de discapacidad. La (re)producción de la vida también, y sobre todo, está asociada a distinciones de género, jerarquías de etnia/color, posiciones de clase y valoraciones de la condición productiva de unx sujetx.²

De este modo, el siglo XXI nos enfrenta a una aparente paradoja: mientras día a día aumentan el hambre y los problemas de desnutrición, crece la superproducción de alimentos en los países dominantes de la geopolítica mundial.³ Como dijimos, no se trata entonces de un estricto problema de capacidad productiva, sino de un modelo civilizatorio, en la medida que la pregunta fundamental es cómo se han estructurado las desigualdades que hacen que lo disponible no esté disponible para todxs ni de la misma manera. Dicho en otras palabras, el hecho de que 25 mil personas mueran en el mundo por hambre en solo un día (Caparrós, 2018), se debe a que las formas cada vez más sofisticadas de destrucción del capitalismo global necesitan, como parte de su funcionamiento, producir poblaciones y sujetxs dispensables.⁴ Esta dispensabilidad permite

² Estas jerarquías, que por supuesto no son las únicas posibles y que en cada contexto habrá que identificar en sus articulaciones situadas, dan cuenta de cómo el capitalismo necesita reinventar permanentemente *dónde* radica el valor y productividad unx sujetx. Como parte de esta dinámica, muchxs sujetxs otrxs quedarán del lado de la improductividad y subalternidad: mujeres, niñxs, adultxs mayores, personas en situación de discapacidad, sujetxs racializadxs, etc. Por esto, el orden heterosexual obligatorio también es un orden de capacidad corporal obligatoria, en la medida que quien no sea hombre blanco heterosexual es sujetx pasivx receptorx de los valores del hombre blanco heterosexual y le es quitado su derecho a voz. Cfr. Morales (2018) y McRuer (2002).

³ Los 14 países de mayor exportación alimenticia y que controlan el mercado internacional son EEUU, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y varios europeos. Entre los países llamados emergentes: Brasil, Uruguay, Argentina, Paraguay, Tailandia, Vietnam, Myanmar, Rusia, Ucrania y Kazajistán. Cfr. FAO (2018).

⁴ Maldonado-Torres (2007) trabaja el concepto de colonialidad del ser, a partir del cual señala relación co-constitutiva entre orden colonial y la producción de sujetxs racializadxs como dispensables. La dispensabilidad de ciertos sujetxs y poblaciones es un proceso que se inaugura con la instauración del orden colonial en América Latina y el Caribe

interpretar a las problemáticas emergentes del hambre y la desnutrición como situaciones sin matices: tener hambre, desnutrición o malnutrición es no comer suficiente, por lo que el cuerpo se come a sí mismo y enferma hasta morir.

A partir de lo cual, en el presente capítulo, buscamos recuperar imágenes-escenas de la actual situación argentina que, sin pretensión de exhaustividad, nos permitan plantear preguntas y claves de lectura urgentes respecto del tiempo que vivimos. La infinidad de imágenes que circulan en nuestra cotidianeidad —donde la sociabilidad pasa en gran medida por el espectáculo y la dinámica de las redes sociales— puede a veces simplificar la lectura de los problemas, y otras, nos ofrecen un instante de dolor ante la claridad de lo que no nos constituye como comunidad: el abandono de la solidaridad necesaria en las relaciones sociales. Si es posible que circule como habitual la imagen de un niño con desnutrición aguda como forma de representación de lo que es la vida de comunidades originarias de nuestra América, la pregunta teórico-política que nos surge es: ¿cómo y cuáles procesos históricos de estructuración de la desigualdad permiten imágenes como esas?

Para aproximarnos a este interrogante, el presente capítulo no se circunscribe únicamente a la lectura de fotografías y notas que circulan en los medios de comunicación —tradicionales y no tradicionales—, sino que también están las imágenes que van dibujándose en cada lucha diaria de muchas mujeres, en este caso, aquellas con quienes entramos en contacto en nuestras diversas instancias de investigación a lo largo de los últimos tres años de trabajo de campo de las autoras.

En efecto, a partir de diferentes materiales derivados de nuestras trayectorias de trabajo con mujeres de sectores populares e indígenas,⁵ así como de material periodístico en torno los casos de muertes por desnutrición y/o deshidratación que circularon en el último tiempo,

y que supone una no-ética de la guerra. La no-ética de la guerra afirma al Sujeto (con mayúscula) y expulsa a determinadxs sujetxs (generalmente racializadxs) al campo de lo potencialmente exterminable. Cfr. Maldonado-Torres (2007) y Soria (2015).

⁵ Los materiales de los cuales nos valdremos son diversos, contemplan entrevistas en profundidad que provienen del trabajo de campo con mujeres de sectores populares de Córdoba (en los años 2017, 2018 y 2019), documentos de organizaciones y registros de eventos, situaciones o conversaciones informales con mujeres indígenas.

avanzaremos en una lectura de la actual situación de la Argentina desde un enfoque feminista materialista, decolonial e interseccional. Buscamos leer de manera situada el modo en que se articulan clase, género, etnia, discapacidad y/o generación para la comprensión de los efectos del orden capitalista cisheteropatriarcal y capacitista en los cuerpos y subjetividades. Hablamos de “efectos” para referimos a una diversidad de situaciones que determinados cuerpos deben soportar por ocupar posiciones de subalternidad en las relaciones capitalistas. Son quienes detentan la “debilidad”, la “feminidad”, la “improductividad”, la “inmadurez”, la “falta de capacidad” y la “no normalidad”, como configuraciones sociopolíticas del capitalismo que se instrumentalizan para precarizar y (auto)reproducirse como sistema.

También nos interrogamos por los modos de interpretar e intervenir en esas realidades, ya que en eso se juega también un posicionamiento que se pretende feminista. Nuestra apuesta, metodológica y política, es retomar algunas imágenes-escenas y testimonios a partir de las cuales mostrar y discutir las tramas mortíferas de este orden civilizatorio que se nos ofrece como el único posible.

Cuerpos que sobreviven: escenas, fragmentos y voces...

Y entonces, el sentido más estricto de la palabra supervivencia: miles y miles de personas que se levantan cada día para ver si consiguen qué comer.

El sentido más breve de la palabra supervivencia: no es fácil, con esa idea del mundo, en esas condiciones, pensar en nada a largo plazo —un mes, tres meses, un año y medio, un siglo.

El futuro es el lujo de los que se alimentan

Martín Caparrós

En las familias heteronormadas del mundo, las mujeres cargan con dobles o triples jornadas laborales, se hacen cargo de las tareas de cuidado y, según los casos, de los trabajos comunitarios. Por eso, los organismos internacionales y las ONG suelen considerar que invertir

en las mujeres es la manera más eficaz de llegar a toda la comunidad: “empoderar a una mujer es empoderar su entorno”, dice la FAO.⁶ Cifras de la FAO (2016) muestran que, en el mundo, 1 de cada 5 hambrientos/as son niños/as de 5 años y mujeres madres, quienes configuran el 60% del planeta. Esta situación es de extrema gravedad porque el hambre de los primeros meses y años de vida afecta el desarrollo a lo largo del ciclo vital; es decir, los/as niños/as menores de 5 años que sufren desnutrición crónica van a padecer problemas cognitivos y motores el resto de su vida, generalmente nacidos/as de gestantes también con desnutrición crónica o aguda. En este marco, son principalmente mujeres las que soportan las cargas de la subsistencia familiar o comunitaria, afrontando el financiamiento de gastos de comida y salud en familias heteronormadas de zonas urbanas o periurbanas; asegurando la provisión de agua potable en zonas rurales, garantizando los cuidados que no asumen los hombres ni el Estado, asumiendo los riesgos —incluso de muerte— que supone la absoluta ausencia de la estructura estatal.⁷

De acuerdo con esto, emergen dos nudos problemáticos: por un lado, cuerpos que soportan los efectos del desigual acceso a los recursos necesarios para la vida en su más amplio sentido; por otro lado, cuerpos que soportan las cargas de la subsistencia en sus diversas aristas. Estos nudos problemáticos adquieren particularidades

⁶ Debido a que existe una relación causal entre la alimentación de las mujeres o personas gestantes y la situación nutricional del resto de los/as integrantes de las familia, es que las organizaciones internacionales deciden invertir en el desarrollo de proyectos que se dirijan a mujeres “jefas de hogar”. En efecto, la FAO sostenía en el año 2016 que “[L]os rendimientos agrícolas aumentarían en casi un tercio si las mujeres tuvieran el mismo acceso a los recursos que los hombres. Como resultado, habría hasta 150 millones menos de personas hambrientas en el mundo. Y sabemos que los niños tienen perspectivas de futuro mucho mejores cuando sus madres están sanas, y cuentan con recursos económicos y formación. Especialmente durante los primeros mil días de la vida del niño” (FAO, 2016: párr. 44).

⁷ Esta última situación, donde las mujeres están expuestas al riesgo de perder la vida, es particularmente observable en los casos de las luchas de las mujeres indígenas contra la avanzada de proyectos empresariales en sus territorios ancestrales. Allí, donde el estado no solo está ausente, sino que es cómplice de esa estructura de violencia, las mujeres “ponen el cuerpo” en su más estricta materialidad. En varias ocasiones (declaraciones en redes sociales y conversaciones informales con una de nosotras), la lideresa mapuche Moira Millán insiste en este aspecto, denunciando la directa complicidad del estado en los distintos avasallamientos que deben soportar distintas comunidades indígenas, donde no solo deja actuar a fuerzas parapoliciales solventadas por empresas, sino que es partícipe directo de diversos avasallamientos.

según trayectorias biográficas, ubicaciones espaciales y estructuraciones situadas de desigualdad. De todas maneras, lo que queremos hacer notar es que los atraviesa un común denominador: son los cuerpos feminizados los que funcionan como superficie de inscripción de los efectos de regímenes de precariedad que nos ofrece el capitalismo global. No es que estos cuerpos y existencias sean en sí mismos precarios, sino que están expuestos a las lógicas y efectos de un ordenamiento cuyo centro de gravitación supone producir existencias dispensables.

Algunos casos pueden ilustrar, aunque sea de modo limitado estas afirmaciones, que, como anticipamos, no pretendemos con ellos ofrecer datos que provoquen generalizaciones estadísticas, sino más bien situaciones significativas que nos permitan delinear lecturas de situación, mostrar al fin de cuentas que un acercamiento con sensibilidad ética puede tener un estatus metodológico que permita abrir, profundizar o extender problemas que las estadísticas aún más alentadoras no dejan ver. Casos que nos acercan a escenas, ofrecen fragmentos de realidad que están poblados de voces que quieren contar, que se preguntan, que denuncian:

Primera escena. Luchar la diaria, sola. Marta, una mujer de un barrio popular de la ciudad de Córdoba, describe su situación desde la lucha diaria y permanente para dar de comer a sus hijos/as. Fue madre de su primer hijo a los 13 años y luego de 5 más, a lo que se sumaron tres nietos/as, a quienes cuida junto a su hija de 17 años: “[...] yo tuve el primero a los 13 años, después anduve en la calle y tuve otros. Me hice cargo de mis nietos también... siempre sola, siempre luchando para que no les falte la comida a ellos ni a mi marido, a veces me tomo un té para irme a dormir y que la comida alcance para ellos” (Entrevista, 2019).

Segunda escena. Comidas, pero no nutridas. Mirta, otra mujer habitante de un barrio popular de la ciudad de Córdoba, también la lucha diariamente para lograr lo que comúnmente se dice “ganarse el pan”, pero, casi como una paradoja, ese pan (alimento derivado del trigo y de más fácil acceso) parece ser parte del problema y no de la solución. Al hablar de sus hijas, comenta: “están

re gordas estas [señala a dos de sus hijas], ahí en el dispensario dicen que están obesas... comen pan todo el día acá, ya no sé qué hacer para alimentarlas bien, no tengo qué darles” (Entrevista, 2019).

Estos dos casos nos muestran, casi como síntoma de época, que el problema del hambre y la lucha por la subsistencia están estructurados en clave de género y clase, en la medida que son las mujeres jóvenes desde el principio quienes centralmente asumen la tarea de asegurar la subsistencia familiar, lo que conlleva con el tiempo deterioros en la salud, estrés y postergación de las propias necesidades e intereses más allá del mero sostenimiento material de la familia. Como señala Aguirre (2004), aun en las familias nucleares heteronormadas donde viven padre y madre con ingresos económicos, son las mujeres quienes financian gastos de comida y salud para todos los miembros. Por condicionamientos históricos en relación con las responsabilidades de género, son ellas quienes se ocupan de las tareas de cuidado y domésticas, así como la atención general de los hijos/as.

Algunos datos permiten completar estas ideas. Un cuarto de los hogares en Argentina son monomaternales, donde el 83% de ellos tiene como principal sostén económico a una mujer, quienes también realizan el 75% del trabajo no remunerado del país (D’Alessandro, 2016). Por tanto, cuando el desempleo afecta a la población y siendo el capitalismo un orden que feminiza la pobreza, son las mujeres, los/as adultos/as mayores, las personas en situación de discapacidad y las niñas/os las/los más afectadas/os por la pobreza y el hambre. Asimismo, en dos publicaciones del año 2018 de la FAO, llamadas “Panorama de la Seguridad Alimentaria y Nutricional” (2018) y “Panorama de la Pobreza Rural en América Latina y el Caribe” (2018), se muestra que el hambre afecta a 39,3 millones de personas, siendo el 6,1% población de la región nuestra americana, que entre los años 2015 y 2016 incrementaron en 400 mil personas y las cifras siguen creciendo. De ese total de hambrientxs, en América Latina, el 8,4% son mujeres que viven con desnutrición aguda en comparación con el 6,9% de los hombres, son 19 millones en comparación con 15 millones de hombres.

A esta desigualdad estructural en clave de responsabilidades de género, podemos sumarle aquellos problemas vinculados a la desnutrición o malnutrición, cuestiones que afectan más a las mujeres y niños/as. En la mención que hace la entrevistada de la segunda escena, la obesidad por malnutrición es un efecto claro en ese sentido, así como otras enfermedades derivadas de una nutrición deficiente. La obesidad infantil resultante de una malnutrición crónica es un típico fenómeno de los sectores populares y empobrecidos de nuestro continente, donde es habitual observar niños/as con sobrepeso y baja estatura, por la escasa y poca diversidad de la comida.⁸ La malnutrición, según la FAO, se genera por un consumo insuficiente o excesivo de hidratos de carbono, proteínas y grasas, y escasas vitaminas y minerales que son fundamentales para el crecimiento y el desarrollo cognitivo.⁹

Al igual que la desnutrición aguda, en todos los países de la región la tasa de obesidad de las mujeres adultas es mayor que la de los hombres. El sobrepeso en mujeres se relaciona con dos enfermedades: diabetes e hipertensión arterial, provocando severos deterioros en su cuerpo y sus vidas cotidianas. Entre los motivos, tomando relatos de otras mujeres en situaciones de entrevistas, la ansiedad, la depresión y el estrés son aspectos que emergen de modo constante.

⁸ En diciembre de 2019, apenas asumido el actual Ministro de Desarrollo Daniel Arroyo, circularon noticias acerca del problema nutricional en nuestro país como producto de la crisis económica. Ante las declaraciones del Ministro, que había advertido el riesgo de una generación de “petisos nutricionales”, el Director de Asistencia Pública de San Miguel de Tucumán (otra de las provincias más pobres del país), declaraba: “Malnutrición es el título principal y dentro podemos tener personas desnutridas, con sobrepeso y con obesidad. Dentro de la obesidad, hay niños que por razones sociales tienen afectada su alimentación y son obesos pero petisos, porque tienen una desnutrición crónica que llega a tener esa manifestación pondoestatural que es ser petisos alimentarios” (La Gaceta Salta, 2019).

⁹ El ingreso familiar de sectores con pobreza económica no es suficiente para consumir leches, frutas, carnes ni verduras; es por eso que, estratégicamente, las mujeres optan por cocinar guisos, fideos y comidas con alto porcentaje de harinas, grasas y azúcares, que rinden para muchas personas, son accesibles económicamente y dan sensación de saciedad. La malnutrición crónica en niños/as con obesidad es más difícil de detectar que la desnutrición aguda debido a varios factores, entre ellos, a las representaciones culturales de que la gordura es sinónimo de estar bien alimentado/a y, por lo tanto, las personas no realizan los controles médicos necesarios (aunque esto tampoco solucionaría el problema de origen).

En el caso de los hombres no suele ser la comida el “escape psicológico”, sino el recurrir a sustancias psicoactivas como el alcohol, el tabaco u otro tipos de drogas. Así, la presión psicológica de la pobreza se sobrelleva de manera distinta según responsabilidades y mandatos de género, como declara Beatriz, otra entrevistada: “si yo me chupara como hace aquel otro [refiriéndose a su pareja varón] no podría ocuparme de mis hijos... una no puede aflojar, nunca puede aflojar” (2018).

Este tipo de situaciones adquieren un aspecto igual o más dramático si consideramos a sectores de la población que históricamente han soportado, y siguen soportando, las más radicales exclusiones, como es el caso de los pueblos indígenas. No se trata, sin embargo, de jerarquizar las situaciones de desigualdad y optar por aquellas que consideramos más urgentes o elementales, sino de señalar cómo la ya de por sí crítica realidad que venimos describiendo adquiere en estos casos una dimensión extrema. Como lo señala una investigadora que realizó un relevamiento en una comunidad wichi de la provincia de Salta y que, a propósito de los recientes acontecimientos, ofreció datos contundentes al respecto: “según la Encuesta Nacional de Nutrición y Salud, el 1,2% de niños en Argentina tienen desnutrición (DSN) grave y 3,8% DSN crónica. Comparados con estudios similares pero enfocados en niños indígenas, estos datos muestran diferencias claras [...] en una investigación realizada en población wichi de menos de 1 año en los departamentos Rivadavia y Santa Victoria Este (Salta), la prevalencia fue de 62,4% de DSN crónica y 37,5% de DSN grave” (Tejerina, en Urbano, 2020). Los datos vinculados a mujeres wichi son igual de desalentadores, señalan problemas de malnutrición (por deficiencia o por exceso), cuya consecuencia es la aparición de enfermedades crónicas, entre otros problemas de salud grave. Frente a esto, las preguntas que emergen son las siguientes: ¿en qué nudo de esta compleja trama de desigualdades situar las explicaciones y diseñar posibles intervenciones?, ¿se trata de soluciones estrictamente sociosanitarias o de hacer más efectiva la implementación de políticas sociales que ya han mostrado sus límites? Retomemos otra escena para poder centrar la importancia de estos problemas:

Tercera escena. Sin “monte” no hay vida. En una declaración publicada en un medio alternativo en el contexto de las muertes por desnutrición en diversas comunidades de la provincia de Salta, la conocida líder wichi, Octorina Zamora, dice: “¿tengo la culpa de morirme de hambre cuando me sacaron de mi hábitat, me sacaron el monte? En Salta que no haya casi algarrobos, que es alimento principal. Cuando yo era chica no había chicos desnutridos. Entonces ¿qué culpa? Donde había algarrobos no hay nada” (Melo, 2020).

Las palabras de Octorina sintetizan con claridad una trayectoria de exclusiones y despojos que los pueblos indígenas bien conocen. El hambre es el síntoma más visible y cruel de una situación que, amplificando la mirada, nos permite ver varias cuestiones: los desplazamientos forzados ya sea por deforestación o desalojos producto de la expansión de la frontera agropecuaria, las múltiples dificultades para acceder a políticas estatales (desde contar con transporte para llegar a un centro sanitario, o con un DNI para acceder al beneficio de un subsidio). Es por eso que cuando esta referente se pregunta “¿tengo la culpa de morirme de hambre?”, nos invita a observar la densa estructuración de desigualdades que esos cuerpos que viven del “monte” deben soportar. El monte es, para los pueblos indígenas del Chaco Salteño, mucho más que un dato geográfico o un recurso económico, es la posibilidad misma de la existencia, tanto en su dimensión material como ontológica. Sin monte, la vida en tanto wichi, simplemente no es posible.

En este mismo sentido, el antropólogo John Palmer destaca la estricta dimensión estructural de los casos de muertes por desnutrición de niños/as y mujeres de distintas comunidades wichi, al señalar que las sugerencias nutricionales que se hacen en los centros de salud no son ni accesibles ni culturalmente significativas, en tanto no contemplan ni el monte —espacio vital cada vez más inexistente— ni las prácticas de alimentación derivadas del mismo. Como ejemplo, refiere a una familia a la que “le recomendaron una dieta especial, que contiene yogur, cosas así, que no se consiguen en el lugar, no solamente no forman parte de la dieta tradicional de la comunidad, no se consiguen en el bosque” (Palmer, en Urbano y Corvalán, 2020). Pero el problema no termina allí, sino que cuando las familias llegan

a los centros de salud —si es que, efectivamente, pueden llegar—, son objeto de múltiples maltratos, discriminaciones y de una atención extremadamente ineficaz.

Las deficiencias del sistema de salud es una cuestión que también destaca la antropóloga Norma Naharro (2020), al señalar no solo el carácter precario de una atención que no llega o que está presente de un modo descontextualizado en los territorios, sino también las enormes dificultades para hacer efectivas prácticas de atención sanitaria con perspectiva intercultural. Es por eso que la falta de entendimiento (por ausencia de traductores/as interculturales), el poco conocimiento o la falta de sensibilidad de los/as efectores/as de salud provocan más una cadena interminable de discriminaciones.¹⁰ Al respecto, dice: “generalmente se pretende enfocar las muertes por hambre con el sistema de salud y se busca culpabilizarlo y al tema se lo despega totalmente de las políticas económicas y productivas, como si fuera totalmente distinto el avance de la frontera agropecuaria con los desmontes y fumigaciones” (Naharro, en Urbano y Corvalán, 2020). De allí que no resulte excesiva la declaración de un médico de la zona, Rodolfo Franco, cuando califica la situación como “genocidio”: “se trata de sacarles la tierra y para eso primero los tienen que matar; es feo matarlos a balazos. Entonces lo hacen con hambre, con mala educación, con mala salud” (Franco, en Melo, 2020).

Ahora bien, estas tres escenas que evocamos con el fin de echar luz sobre los aspectos más mortíferos de un orden civilizatorio que sigue prometiendo desarrollo e inclusión, nos permiten poner el acento en la dimensión cultural de las problemáticas del “hambre”, la “desnutrición”, la “malnutrición” y la “deshidratación”. Como anticipamos, no se trata de subestimar la contundente materialidad de estas problemáticas, sino de ampliar la mirada y pasar de la imagen-escena al

¹⁰ En un panel realizado en octubre de 2019 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, titulado “El presente de los pueblos indígenas hoy”, la referente wichi Nancy López, perteneciente a una comunidad de Tartagal (Salta), ofreció relatos de violencia contra las mujeres en la atención sanitaria. El carácter extremadamente violento de las situaciones que describió, donde incluso hizo referencia a muertes de niños/as recién nacidos/as sin causas claras, pusieron en escena problemas como falta de acceso a la justicia, ausencia de traducción cultural en las instituciones del estado, falta de atención por prácticas racistas, entre otros.

escenario, es decir, a las condiciones histórico-estructurales que hacen posible que las mismas sucedan. En este gesto de desplazamiento no se trata negar el valor de políticas que respondan a demandas inmediatas, sino de disputar su misma definición y hacer un ejercicio de politización de aquellos aspectos que ellas no dejan ver o no permiten problematizar del todo.

En este sentido, tal como fuimos advirtiendo, tematizar la dimensión histórico-estructural de estas problemáticas nos exige considerar cuestiones tan urgentes como la provisión de un alimento, pero también algo más: situar el problema en aquellas condiciones que constituyen desiguales posibilidades de acceso a recursos para la vida en su más amplio sentido; cuestión que se hace evidente en el caso de los pueblos indígenas que aun habitan —o luchan por seguir habitando— sus territorios.

Asimismo, esta dimensión cultural nos exige un análisis que, concebido como pregunta e intervención política al mismo tiempo, pueda mostrar que las privaciones económicas se articulan con una trama incesante de producción de desigualdades en clave de género, etnia/color, espacialidad, generación y/o capacidad. Para el caso de las escenas que tienen a las mujeres de sectores populares como protagonistas, vimos cómo la articulación situada de las costumbres patriarcales las exponen a tareas y roles que muchas veces las sitúan en situación de postergación o directo riesgo, donde deben ser ellas quienes se las rebuscan para obtener el escaso alimento diario que llega a la familia y soportar en sus cuerpos el efecto de una alimentación deficiente. Mientras tanto, las mujeres indígenas deben afrontar las violencias vinculadas al territorio que habitan, lo que, entre otras cosas, implica soportar el vacío material y ontológico que deja tras de sí el desalojo o el desplazamiento, siendo incluso objeto de responsabilización cuando sus hijos/as se mueren por causas evitables.¹¹

¹¹ Tanto en relación con los últimos acontecimientos de muertes de niños/as por desnutrición como en oportunidades anteriores, surgieron opiniones de autoridades políticas que apuntaron a una cuestión de “cultura”, intentando hacer responsables de dichas situaciones a las familias o madres de dichos/as niños/as, por llegar “tarde” a los centros de salud, por ser “dejadas” o por “resistirse” a la atención sanitaria. Lo que dejan ver estas

Cuerpos que nos importan

Vivir una vida feminista es mantener abierta la pregunta de cómo vivir.

Sara Ahmed

Podemos retomar el señalamiento de Ahmed (2019) y sostener que la tierra que pisamos todxs es más dura para algunas personas según su posición social, lo que en efecto constituye “el fundamento de la blanquedad”, entendida como restricción de posibilidades en la vida para quienes no se configuran en el sujeto varón, blanco e ilustrado. En este sentido, queda claro que esa tierra no puede ser considerada un simple recurso material o económico, sino que constituye un espacio donde se juega lo posible y lo imposible. Con las escenas que referimos buscamos mostrar, precisamente, las posibilidades de vida-muerte que se configuran de acuerdo con los espacios o lugares sociales que ocupamos: ser “mujer blanca”, “mujer joven”, “mujer pobre” o “mujer indígena” —entre muchas otras inscripciones—, supone un desigual acceso a los recursos por la subsistencia, a las redes que la hacen posible o imposible. Debemos reconocer, entonces, que de acuerdo con esos espacios o lugares que habitamos hay luchas por la vida —desde la alimentación hasta la reproducción cultural— que son más duras, más urgentes, menos visibles.

Sostener esta idea no significa, sin embargo, concebir las existencias de las mujeres con quienes trabajamos desde la figura de la víctima; como pretender que estamos afuera de la precariedad; más bien, asumiendo una precariedad compartida, reconocemos que los regímenes de precariedad están desigualmente distribuidos. El orden civilizatorio que nos ofrece el capitalismo necesita de la producción de existencias dispensables y, en cada contexto, operan distintos regímenes que producen la forma específica bajo la cual una existencia se volverá dispensable, descartable, potencialmente exterminable.

declaraciones es un directo racismo, que no solo atribuye a la “cultura” la responsabilidad de la propia muerte, sino que también niega el literal abandono de parte del estado y los maltratos que familias y madres sufren en los hospitales. Cfr. Urbano, L. y Corvalan, E. (2020) y Unquillo, F. (2019).

En ese marco, nos aproximamos al fenómeno que más nos preocupa, y es que existen poblaciones que no son ni siquiera objeto de lo que los organismos internacionales llaman “desarrollo o empoderamiento”. Ese objetivo que supone la “ayuda” de aquellos mismos países que producen los efectos que dicen querer combatir: expulsión, desposesión, migración forzada, guerra y muerte. Somos conscientes de que en esta nueva faceta de acumulación originaria, al decir de Marx, crea sectores numerosos de la sociedad que ya no son siquiera útiles como mano de obra esclava. Hablamos de sujetos que ya no ingresan al proceso de explotación capitalista. Inservibles para un sistema que encuentra sus límites para colocar mercancías y ya no insiste en su política de mantener con vida a la fuerza de trabajo extenuada. Lo vemos en las comunidades wichi, lo vemos en los sectores generacionalmente desempleados, abandonados a su suerte.

Los y las inservibles, personas que se tornan desechables y a las que hemos referido como escenas actuales en sus particulares combinaciones de jerarquías de género/color/clase, articulados bajo dinámicas solapadas que distribuyen desigualmente los beneficios de la certeza de reproducción de la vida. Por esto, la desnutrición estructural como problema que afecta a nuestra trama social no responde a un acontecimiento o emergencia circunstancial, sino a una configuración histórico-estructural que se corresponde con disposiciones espaciales: habitar tal o cual barrio supone la certeza o la incertidumbre de “ganar el pan del día”; habitar tal o cual territorio supone la tranquilidad de un espacio vital o la angustia de no saber si al día siguiente será tierra arrasada. Las historias de mujeres cuyos cuerpos deben soportar de modo particular esa compleja trama de desiguales distribuciones, nos ofrecen la fotografía de un país fracturado por estos clivajes y que, en los últimos años de gobierno neoliberal, se convirtió en imagen descarnada de vidas desechables.

Escenas de precariedad, cuerpos que soportan, vidas expuestas al permanente riesgo y al exterminio... ¿Qué hacer? Esta pregunta encierra el desconcierto al que nos exponen las formas ideológicas más efectivas del capitalismo; pero también puede encerrar el esfuerzo por buscar alternativas a este realismo capitalista del que todos somos parte. Si, tal como supo apuntar Fisher (2017) recordando la frase

atribuida tanto a Jameson como a Žižek: “es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”. El realismo capitalista supone la creencia de que el capitalismo es el único sistema económico viable y que es imposible imaginar una alternativa, nos queda transitar ese “qué hacer” como ejercicio urgente de imaginación de alternativas.

Precisamos insistir en preguntas, abrir territorios de imaginación *con y desde* cuerpos que no importan al sistema, pero sí a nosotras, incorporar como gesto constante de los feminismos desafiar el realismo capitalista, que se indague en métodos sin garantías en varios órdenes: en la forma de preguntar, de trabajar, de investigar, de escuchar, de debatir e intercambiar ideas, de acompañar, de (auto)reflexionar, de organizar potencias colectivas, de intentar vidas que no consistan en sobrevivir.

Bibliografía

- AHMED (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Agencia Télam (2019). El Gobierno cree que hay que abordar el tema del hambre con perspectiva de género. Lunes 16 de diciembre. Disponible en <https://www.lavoz.com.ar/politica/gobierno-cree-que-hay-que-abordar-tema-del-hambre-con-perspectiva-de-genero>
- AGUIRRE, P. (2004). Ricos flacos y gordos pobres. la alimentación en crisis. En: *Claves para Todos*. Buenos Aires: Editorial Capital Intelectual.
- D’ALESSANDRO, M. (2016). Trabajo doméstico no remunerado: pilar de la desigualdad de género. En blog *Economía feminista*. 25 de octubre. Disponible en <https://economiafeminista.com/trabajo-domestico-no-remunerado-pilar-de-la-desigualdad-de-genero/>
- Canal Abierto (2020). Morir de hambre. Disponible en https://canalabierto.com.ar/2020/02/03/morir-de-hambre/?fbclid=IwAR16yILb_oOixMu8Ffo4UqLjURbX7CszLj7rgQhwbG98g2nroeRufnzGonQ
- CAPARRÓS, M. (2018). *El hambre*. Buenos Aires: Booket.
- FAO (2018). El hambre en el mundo sigue aumentando, advierte un nuevo informe de la ONU”. 11 de septiembre. Disponible en <http://www.fao.org/news/story/es/item/1152167/icode/>

- FAO (2016). Las mujeres son la clave para lograr un mundo sin hambre ni pobreza. 16 de diciembre. Disponible en <http://www.fao.org/news/story/es/item/461111/icode/>
- FISHER, M. (2017). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- La Gaceta Salta (2019). Serán varias generaciones de petisos nutricionales. 26 de diciembre. Disponible en <https://www.lagacetasalta.com.ar/nota/130291/actualidad/seran-varias-generaciones-petisos-nutricionales.html>
- MALDONADO-TORRES, N. (2007). Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En S. Castro Gómez y R. Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- MCRUER, R. (2002). Capacidad corporal obligatoria y existencia discapacitada queer. En Sh. Snyder, B. Jo Brueggemann, y R. Garland-Thomson (eds.) *Disabling the Humanities*. Traducción: César Tisocco; edición de Alberto (Beto) Canseco. Córdoba: mimeo.
- MELO, S. (2020). El lento genocidio wichi: catástrofe humanitaria. En *Diario Online Enlace Mapuche Internacional*. 29 de enero. Disponible en <https://www.mapuche-nation.org/esp/el-lento-genocidio-wichi-catastrofe-humanitaria/?fbclid=IwAR0U-NHFcZMzd6-ffo4jephtGqRzAjwN41ggityMbiYCDPe73-yprg28oM>
- MORALES, C. (2018). *Escritura fácil. Ni amo, ni dios, ni marido, ni partido, ni de fútbol*. Barcelona: Anagrama.
- SORIA, S. (2015). Sujeto y alteridad. Problemas y desplazamientos desde una perspectiva decolonial. En *Sujeto. Una categoría en disputa*. Buenos Aires: La Cebra.
- UNQUILLO, F. (2019). Que coman iguanas: Urtubey culpó al pueblo wichi de la muerte de un niño por desnutrición. En *La Izquierda Diario*, 26 de noviembre. Disponible en: <http://www.laizquierdadiario.com/Que-coman-iguanas-Urtubey-culpo-al-pueblo-wichi-de-la-muerte-de-un-nino-por-desnutricion>
- URBANO, L. (2020). Una investigación revela la malnutrición de las madres wichi. En *Página 12*. 15 de enero. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/241859-una-investigacion-revela-la-malnutricion-de-las-madres-wichi>